

Aproximaciones al tema de la esclavitud en *Pedro Blanco, el Negrero*, de Lino Novás Calvo.

La presencia negra en las letras cubanas ha sido continua y persistente y se ha orientado en varios rumbos, según los momentos en que se ha producido y los objetivos de los autores.

El personaje negro aparece en la primera obra que registra la literatura isleña: *El espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa, relato en verso del rescate del obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano, secuestrado por el pirata Gilberto Girón. En el poema, que data de 1608, aparecen «etíopes de color de endrina» y el autor prodiga elogios a Salvador Golomón, a quien llama «negro memorable».

Pero la preocupación por el hombre de color no se limitó a lo simplemente literario, sino que su situación fue objeto de acuciosas investigaciones sociológicas e históricas. José Antonio Saco dedicó la última etapa de su vida a escribir *La historia de la esclavitud*, en cinco volúmenes, que aparecieron entre 1875 y 1877. Esta obra es un razonado alegato contra el comercio de esclavos.

El abolicionista Domingo Delmonte, como otros autores, confirma sus ideas en los versos de sus *Rimas Americanas*:

Que nunca escuchar yo pueda
sin que hirviese en ira mi alma
el bárbaro, atroz chasquido
del látigo en carne esclava¹.

Puede decirse que el tema negrista toma en la literatura cubana orientaciones bien precisas, clasificables en tres grupos, en cada uno de los cuales pueden incluirse algunas obras claves. Dichos grupos corresponden también, aproximadamente, a otras tantas fases en la evolución del tema, aunque a veces resultan paralelas.

¹ JOSÉ LEZAMA LIMA: *Antología de la poesía cubana*, II (La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1965), 368.

Se inicia la primera fase con la novela antiesclavista en el siglo XIX, cuya temática se inflama en encendida protesta.

A partir de Saco, teórico de la supresión de la esclavitud, aparece la novela abolicionista, verdadera narración de las costumbres del siglo XIX, que retrata los horrores de la esclavitud con sombríos matices y pone de relieve la maldad de los amos explotadores. Corresponden a este grupo *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda; *Francisco*, de Anselmo Suárez Romero; *El negro Francisco*, de Antonio Zambrana; *Petrona y Rosalía*, de Félix Tanco, y *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, la más divulgada de todas.

Aunque la novela *Sab* de Avellaneda puede ubicarse dentro del romanticismo, el rigor con que hostiga el maltrato de los esclavos y la categoría moral que confiere al mulato protagonista, capaz de dignidad y sacrificios, la sitúan como pionera de la narrativa cubana que proclama la igualdad de las razas y los derechos del hombre.

Entrado ya el período republicano, aparece la segunda fase y la novelística tomará orientaciones distintas en su tratamiento del personaje negro, que aparecerá en algunos relatos como cimarrón, esclavo fugitivo de la maldad de sus amos. Tales son el cuento *Los fugitivos*, de Alejo Carpentier, y su novela *El reino de este mundo*, cuyo tema es la rebelión de los esclavos en Haití y los acontecimientos del reinado del negro Henri Christophe. Siguen una tónica similar *Memorias de un cimarrón*, de Miguel Barret, y *Capitán de cimarrones*, de César Leante.

Liberada ya la isla de la dominación española y eliminado el comercio de esclavos, se manifiesta el deseo de presentar al negro oprimido, lleno de rebeldías interiores, resuelto a escaparse de la crueldad de sus amos y burlar sus persecuciones. Parecen reivindicar estas narraciones al sumiso protagonista del siglo anterior, al presentarlo como capaz de activa protesta y de tomar venganza de los oprobios sufridos.

La temática negra aparece también en otra novela de Alejo Carpentier, realizada con originalidad. Se trata de *Ecué-Yamba-O*, en la que plantea la problemática social del negro, ya incorporado a los quehaceres de la vida republicana en Cuba.

Se inicia la tercera fase con la explosión de la poesía afro-cubana, que tanta resonancia alcanzará a partir de mediados de la década del veinte en este siglo. El negro, inspirador y protagonista, ha de poblar la lírica antillana con la exuberancia de sus rasgos físicos, valorizados con un nuevo concepto de la estimativa estética. Los ritmos africanos repercutirán en onomatopeyas vibrantes, los movimientos de la danza deslizarán su cadencia por la estrofa y también resonarán los acentos de protesta contra la discriminación, el abuso y la explotación. Las figuras seneras de la poe-

sía cubana de esta tendencia son Nicolás Guillén, José Tallet, Emilio Ballagas y otros. El antropólogo don Fernando Ortiz ha de analizar la circunstancia social y económica del negro. Lydia Cabrera, investigadora del folklore negrista y de sus raíces culturales, dará a conocer aspectos importantes de la religión y de la tradición africana en Cuba.

El conflicto entre el hombre blanco y el de color en la sociedad cubana se presenta en diferentes niveles, no siempre con resultados positivos. Aún el prolongado mestizaje, mitigador de diferencias, no trajo la integración social y espiritual deseada. El tema negro estaba en el ambiente y los autores se acercaron a él desde ángulos cambiantes y con propósitos diferentes.

Uno de ellos es el cuentista Lino Novás Calvo, nacido en España, pero cubano por su formación y por el carácter de su obra. Su visión del hombre de color y de la cultura que lo respalda es acertada y penetrante. Entre sus cuentos, *La luna de los ñañigos* y *El otro cayo*, revelan un profundo conocimiento de la psicología del hombre africano y su estrecha relación con la naturaleza. Su novela, *Pedro Blanco, el Negrero*, es de clasificación discutible, el subtítulo: *Vida novelada de Pedro Blanco Fernández da Traba*, no la sitúa claramente, pues aunque reúne todas las condiciones de una novela, muchos la consideran como biografía novelada, entre otros, los críticos Otto Olivera y José Antonio Portuondo. Tal vez podríamos suscribir la afirmación de este último, que considera las tendencias negras en la literatura como:

... la versión cubana del indigenismo iberoamericano y del populismo mundial, que tiene expresión en la prosa y en la novela *Ecué-Yamba-O* de Alejo Carpentier y en las colecciones de cuentos y de leyendas teogónicas negras, principalmente de origen yoruba, recogidos en varios libros por Rómulo Lachatañeré, Lydia Cabrera y Ramón Guirao. Cerca de esta corriente están los cuentos sobre negros de Gerardo del Valle y sobre todo, la biografía novelada de *El Negrero*, por Novás Calvo.²

En las obras escritas a partir de la independencia hay una actitud positiva hacia el negro, como un afán inconsciente de reivindicarlo y de hacer su presencia válida en la sociedad. Un sentido de culpa retrospectiva atraviesa la prosa y la poesía. El negro es aceptado como ser humano integral y sus rasgos físicos no acusarán desagrado. Sus actividades rituales y folklóricas aportarán nuevos valores a la estrofa y a la música.

² JOSÉ A. PORTUONDO: *Bosquejo histórico de las letras cubanas* (La Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1960), p. 61.

Lino Novás Calvo penetra en la corriente negrista a través de su afinada intuición y de sus profundos estudios del tema. Tiene el autor una capacidad increíble para sintetizar la abundante documentación sobre el tráfico esclavista y para fundir muchos de sus elementos con el hilo de la ficción narrativa. Desarrolla su relato con especial maestría y, al mismo tiempo, introduce elementos del realismo mágico que caracterizan a la novela contemporánea en Hispanoamérica.

El tema, por histórico y alejado cronológicamente del tiempo presente, se revitaliza por la actuación de su dinámico protagonista Pedro y de los personajes que se mueven abigarradamente alrededor de él.

El fondo ambiental es vívido y nos permite observar las transacciones del comercio esclavista: la compra y captura de negros en el continente africano, el transporte en condiciones infrahumanas en los barcos negros, el desembarque del cargamento en Cuba, su indigna venta en los mercados y, por fin, la llegada al ingenio azucarero donde continuarán los infortunios de los infelices.

El carácter de Pedro es inestable y su niñez está marcada por los signos del incesto y de la marginación social. Nacido en España, tiene una breve oportunidad de asomarse al mundo de los estudios náuticos. Su curiosidad y su temperamento inquieto lo impulsan a escrutar la vida fascinante y aventurera de los marineros.

La prosa se mueve densamente, como la niebla que rodea a las embarcaciones o como las almas en el mar, impávido y letárgico. El estilo se hace fino y ágil cuando el pasaje lo requiere, moviéndose en ondulaciones o en latigazos breves, como chasquidos de los castigos del mayoral.

Los compañeros del traficante Pedro son cómplices desalmados de sus manejos y Novás Calvo sabe animarlos, dando un cabal análisis de las motivaciones que los llevaron al nefando comercio.

Atribuye a los barcos cualidades casi humanas: un barco, una vez negrero, lo es para siempre y nada puede separarlo de su destino. Los hombres también se tiñen por dentro de la trata que penetra en sus almas y no les deja apartarse de su misión. Pedro no puede sustraerse de su comercio y sólo la muerte de su hermana le impulsa a alejarse de las costas africanas y marcharse a España.

Volviendo a la tesis enunciada al principio de este trabajo, nos referiremos a la relación de *Pedro Blanco* con las novelas abolicionistas, que en el siglo XIX trataron de crear un estado de opinión desfavorable a la trata negrera. En su narración, el autor ofrece un cuadro repulsivo de las condiciones del comercio esclavista y del trato inhumano y despectivo a que eran sometidos los infelices africanos:

No es que a él le diera pena ver azotar a los negros: era que ya no le interesaba. El iba a la manigua a ver un raso donde colgaban algunos negros, con un gancho clavado debajo de las costillas, o los descuartizamientos sobre una cruz acostada y con piernas, o un negro atado por los pies y el cuello a las sillas de dos caballos que partían en dirección opuesta, espoleados por los jinetes.³

Se aprecia en este pasaje el desprecio por la vida de los esclavos y la crueldad con que se les trataba. La escena de la calimba, acto de marcar a los negros recién comprados con un hierro candente, despierta sentimientos de compasión y sorprende admitir que existieran condiciones sociales que aprobaran tales atropellos.

También han de aparecer en la novela personajes de piel oscura, mulatos o negros que han logrado abrirse paso como traficantes, negociando subrepticamente. Uno de ellos, el mulato yanqui, marinero de un barco de cabotaje, le habla a Pedro de Cabo Mesurado, donde los negros regresan a sus tierras para volver a ser esclavos. Se refiere a los inicios de la futura república de Liberia.

Cuando el negrero cae enfermo en la factoría de Da Souza, en realidad el dueño del negocio es Cha-Cha, el príncipe de los negreros, a quien describe como a «un mulato ancho, de ojos de lobo». Más adelante explica el origen de su prosperidad:

Había desertado de la Armada Real y llegado a Africa como piloto de un negrero... Su madre había sido esclava, y recobrado su libertad por dar muchos hijos. En Africa, Cha-Cha empezó a progresar por su carácter de mulato, de hombre doble. Con los africanos se hacía africano... con los blancos era blanco y trataba de hablar en civilizado.⁴

Otro personaje interesante es el cimarrón Marcos Mina, que podía ganar la voluntad de los esclavos y robarlos para Pedro. Hay una secreta venganza en la actuación del esclavo fugitivo y los conjurados acaban por escaparse porque ya eran «cimarrones por dentro», hombres que tienen como único objetivo la evasión al monte. Estos pasajes permiten apreciar la tesis de la segunda fase: ya el esclavo no es el hombre sumiso, sin rebeldías. Logra, en muchos casos, encumbrarse en una sociedad que lo desprecia o romper definitivamente los yugos de la mansedumbre. Se cumple así la segunda parte de la teoría que esbozamos.

³ LINO NOVÁS CALVO: *Pedro Blanco, el Negrero*, 5.^a edición (Madrid, Espasa Calpe, 1973), p. 153.

⁴ En *Homenaje a Lydia Cabrera* (Miami, Ediciones Universal, 1978), p. 223.

Las mujeres de piel oscura aparecen obsesivamente a través de la novela, a veces en abigarrados harenes o en grupos pintorescos. Al calor de la selva, se presentan en su reluciente desnudez y, en otras, en un contraste surrealista, bailando sobre un témpano de hielo, para salir volando después, milagrosamente convertidas en blancas palomas.

El deleite sensual de las descripciones corporales, subrayando los rasgos que distinguen la raza negra, así como los vívidos pasajes en que golpea la música de tambores y tantanes, la importancia de la brujería y de las supersticiones, evidencian claramente que el autor no ha podido susstraerse a la corriente de musicalidad y fruición sexual que invadía el ámbito de la poesía cubana. Sin un propósito poético consciente logra efectos líricos centellantes:

De cada nicho salió una mujer desnuda y lustrosa, con los senos llenos y el cuerpo todo rolando como una ola de espuma negra..., esta danza la marcaban un bongó y una flauta indígena, y eran una cosa híbrida y acanallada.⁵

Empata así la prosa novascalviana, con la poesía de inspiración africana. Los contrastes de colores, de formas, de temperaturas, de texturas, de olores, entran en el rejuego estilístico del novelista y, con pericia, lleva al lector de un sórdido realismo a un ambiente de sutil fantasía, como los marineros que llevan los barcos por aguas cambiantes y azarosas.

Si las novelas antiesclavistas del siglo XIX nos permiten conocer la miserable existencia de los negros en los ingenios azucareros, *Pedro Blanco*, *el Negrero* despliega el cuadro repulsivo de las transacciones previas que hicieron posible la terrible condición del hombre esclavizado por sus semejantes.

Myron Litchblau ha apuntado con acierto en su ensayo, *Técnica narrativa de el Negrero*, de Lino Novás Calvo:

«... el área gris que existe entre lo real y lo fantaseado, entre lo tangible y lo abusivo, entre lo inequívoco y lo ambiguo, entre lo obvio y lo irónico... en el *Negrero* se pueden notar algunos casos de aquella sutil mezcla de lo verosímil y lo imaginativo a medida que se describe la vida de Pedro Blanco por entre la superchería, la magia, los misteriosos ritos y las extrañas costumbres de la gente africana.»⁶

La vida del traficante está llena de episodios que oscilan entre la bru-

⁵ Opus cit., p. 135.

⁶ En la obra citada en la nota 4, p. 223.

talidad bárbara o lo sutilmente fantástico. Por sus descripciones repugnantes del comercio esclavista en todos sus detalles, podría haber servido, de haber sido escrita en otra época, como antecedente a la novela abolicionista, por testimoniar una expresión de protesta contra los abusos de la trata. Hay episodios de espeluznante verismo, como el del lanzamiento del cargamento humano en el mar para rehuir la persecución de la justicia, Lino Novás Calvo logra indignar al lector y consigue, tardíamente, los efectos que buscaban los novelistas del siglo XIX.

La rebeldía de muchos oprimidos pone de relieve la ira contenida que estalla por medio de la fuga y de la venganza. Reivindica así el autor al negro, presentando su imagen de hombre valiente y capaz de protestar airadamente.

La exaltación de los rasgos negroides, tan notables en la poesía afroantillana, se acentúa en muchos personajes de la narración. La mujer negra logra una apoteosis como en los mejores poemas de Alfonso Camín y de Nicolás Guillén.

Es *Pedro Blanco, el Negrero* una culminación de movimientos que le anteceden, una concreción de un estado de consciencia que, además de encontrarse a través de la literatura, late por siglos en la entraña misma de la tradición del pueblo cubano.

ROSA M. CABRERA

State University of New York at New Paltz